

La Nación y el Nacionalismo desde la perspectiva de los imaginarios políticos: Una reflexión teórica

**The nation and nationalism
from the perspective of political imaginaries:
A theoretical reflection**

Reinaldo Rojas¹

Resumen

La nación y el nacionalismo siguen siendo factores de primer orden en la dinámica internacional actual, especialmente en nuestra América Latina y el Caribe. En el nuevo orden global, lejos de ser superado, el nacionalismo sigue jugando un papel preponderante en las dinámicas geopolíticas. El propósito del presente ensayo es analizar la actualidad de ambos conceptos, a partir de la exposición de la evolución de la idea de nación, tanto en el plano histórico-político como categoría base de los movimientos nacionalistas del siglo XIX y XX, como en el plano epistemológico, a partir del estudio de las diversas significaciones que han tenido ambos términos en la Ciencias Históricas y en las Ciencias Sociales contemporáneas, desde las corrientes objetivistas dominantes en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX hasta llegar a la historia de las mentalidades y de los imaginarios políticos, donde la categoría nación es asumida como un fenómeno subjetivo en permanente construcción.

Palabras clave: Nación // Nacionalismo // Imaginarios políticos.

¹ Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador-Instituto Pedagógico de Barquisimeto (UPEL-IPB), Venezuela. Premio Nacional de Historia (1992), Premio Continental de Historia Colonial de América “Silvio Zavala”, México (1995), Premio a la Labor Investigativa de la UPEL (2004). Actualmente es el Director General del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales Federico Brito Figueroa de la UPEL. Email: reinaldoeneal@gmail.com / <http://reinaldorojashistoriador.wordpress.com>

Abstract

The nation and nationalism remain to be prime factors in the current international dynamics, especially in Latin America and the Caribbean. In the new global order, far from being overcome, nationalism continues to play a prevailing role in the geopolitical dynamics. The purpose of this essay is to analyze the relevance of both concepts, from the exhibition of the evolution of the idea of nation, both in the historical and political field as a base category of nationalist movements of the nineteenth and twentieth century as in the epistemological level, from the study of the various meanings that both terms have in the Historical Sciences and in the contemporaneous Social Sciences, from the dominant objectivist trends in the nineteenth and first half of twentieth century to the history of mentalities and political imaginaries, where the category "nation" is assumed as a subjective phenomenon in permanent construction.

Key words: Nation // Nationalism // Political imaginaries.

I

El tema de la nación y de los nacionalismos ha tomado una renovada importancia en estas primeras décadas del siglo XXI como respuesta a los desafíos uniformadores de la globalización y de la mundialización económica capitalista que lejos de lanzar a la nación "al basurero de la historia", como algunos señalaban, ha encontrado una suerte de impulso a lo largo y ancho del mundo, desde los países que conformaban la antigua Unión Soviética desintegrada como unidad político territorial entre 1989 y 1991, hasta nuestra América Latina y del Caribe pasando por la Europa oriental, el mundo islámico, asiático y africano². Pero se trata de un nacionalismo diverso y hasta contradictorio, ya que en casos como el de América Latina y el Caribe el nacionalismo lleva el signo del antiimperialismo, en sus diferentes grados, y busca responder a la necesidad de desarrollar un camino alternativo propio a la integración-absorción de los Estados Unidos y de su Tratado de Libre Comercio (ALCA) lanzado como proyecto político y económico imperial para esta zona del mundo en la década de los 90³.

En otros casos, el nacionalismo lleva el signo negativo y desintegrador de la exaltación de las diferencias étnicas y culturales de los pueblos, por lo que se acompaña del despertar de los fundamentalismos religiosos, es decir, muy

2 Un balance temprano de este renacer lo podemos encontrar en la obra de Eric Hobsbawm *Nations and nationalism since 1789. Programme, myth, reality*. Cambridge University Press, 1990. Hemos consultado la edición francesa de 1992.

3 El Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) tiene su origen en la Primera Cumbre de las Américas celebrada en Miami en 1994 bajo el amparo del llamado Consenso de Washington.

alejado de las motivaciones modernas y republicanas que lo caracterizaron en el siglo XIX. Se trata, pues, de un nuevo nacionalismo que junto a la globalización económica y su correlato ideológico del “fin de la historia”, la crisis de la modernidad y el impulso del postmodernismo han obligado a la revisión y actualización de muchos conceptos, entre los que cabe destacar este tema de la nación y del nacionalismo del siglo XXI, sobre todo cuando dos siglos de historia nos han legado una importante herencia teórica y política sobre la que hay que partir críticamente en el debate contemporáneo.

En este sentido, nuevos caminos de estudio e investigación se han abierto alrededor de esta problemática, de manera que hoy asistimos además de nuevas interpretaciones del hecho-fenómeno nación, a la calificación inclusive de muchos de esos movimientos nacionalistas como parte de la nueva nomenclatura del terrorismo internacional. En nuestro caso, quisiéramos plantear las principales coordenadas teóricas por las que se desenvuelve el debate de lo nacional, con especial referencia al estudio de los imaginarios colectivos y su papel en la construcción permanente de la idea de nación como comunidad política moderna.

II

La diferencia sustancial entre la idea de la nación como comunidad política y como comunidad de sangre, nos viene del siglo XIX. La primera como legado de la Revolución democrática Francesa y la segunda como principio liberal conservador de la Alemania de la restauración. La concepción política y la concepción étnica de la Nación surgen, en consecuencia, en el tiempo histórico de la Revolución Francesa, al interior de aquella Europa convulsionada por las guerras napoleónicas y el ascenso vertiginoso del modo de producción capitalista⁴. La primera nace con la revolución burguesa donde se conjuga con el ideal democrático revolucionario. Así lo expresa claramente el cuarto artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: “*El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún cuerpo ni individuo puede ejercer la autoridad que no emane de ella expresamente.*” En ese sentido, para los revolucionarios franceses, la nación es una unión de voluntades, constituida sobre la base de un contrato social del cual resulta la adhesión voluntaria de sus miembros asociados en su condición de ciudadanos libres.

4 En la historiografía marxista, la que más se ha dedicado a estudiar este periodo, trata de la era de las revoluciones burguesas, cronológicamente ubicadas entre 1789 y 1871, aunque para otros puede ser extendida hasta el nuevo ciclo que se inaugura con la revolución rusa de 1917. Para un enfoque comparativo, puede consultarse: Cf. Manfred Kossok y otros. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Editorial Critica. 1983 y el estudio ya clásico de Eric Hobsbawm denominado *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Punto Omega - Guadarrama. Editorial Labor. 1978. 2 vols. .

En 1882, en su conocida conferencia en la Sorbonne, Ernest Renán sintetiza la concepción republicana de la nación al responder con estas palabras a la pregunta *¿Qué es una nación?* La nación –dice– es un *plebiscito permanente*. En esta concepción, la nación no es algo eterno, sino una entidad política que ha tenido su nacimiento y seguramente tendrá su final. Para Renán, en el caso de las naciones europeas: “*La confederación europea, probablemente, los reemplazará*”⁵.

La segunda es la concepción romántica de la nación, surgida en Alemania en respuesta a los acontecimientos políticos que impulsa la Revolución Francesa y los efectos políticos y sociales de las guerras napoleónicas. Más que un hecho histórico, la nación es una realidad natural que se nutre de la sangre y del territorio. Esta noción tiene mucho que ver con el conflicto franco-alemán por el dominio de la Alsacia y la Lorena. Los franceses plantean en primer lugar el principio de la autodeterminación, según el cual, los alsacianos son franceses porque así lo quieren, mientras Alemania opone una identidad nacional por la lengua y la cultura, tal como Herder, Fichte y Schlegel ya lo habían sugerido en diversos estudios como *Los fundamentos del Derecho natural* publicado por Fichte en 1796 o la obra de Schlegel *Sobre la lengua y sabiduría de los Indios*, publicada en 1808, donde podemos encontrar las bases de la concepción racial, etnográfica, objetivista y natural de la nación que desarrolla Alemania a lo largo del siglo XIX como respuesta al avance ideológico, político y territorial de la Francia revolucionaria⁶.

En el fondo se trata, igualmente, de un problema político. La nación se interpreta según estos intereses en conflicto y se nutre de una ideología de determinismo racial que es como en esencia la va a cultivar la misma derecha francesa, encabezada por escritores como Josep de Maistre, Gobineau y Vacher de Lapouge en el siglo XIX y en el siglo XX por los promotores del nacionalismo francés, Maurice Barrès y Charles Maurras, quienes impulsan una visión contrarrevolucionaria y anticontractual de la nación, exaltando la idea de la raza como el fundamento de la nación. Maurras lo expresa claramente, en el sentido que hoy impera en ciertos conflictos nacionalistas de nuestro tiempo global:

*“La patria es una sociedad natural, más que absolutamente histórica. Su carácter decisivo es el nacimiento. Nadie escoge su patria, la tierra de sus padres, así como nadie escoge su padre o su madre. Uno nace francés por el azar del nacimiento, como puede nacer Montmorency o Borbon. Se trata, ante todo, de un fenómeno de herencia”*⁷.

Aún en nuestro tiempo, estas dos concepciones nacidas al calor de las realidades políticas, culturales e ideológicas del siglo XIX europeo, se mantienen

5 Michel Winock: «¿Qu'est-ce qu'une nation?» *L'Histoire spéciale*. Paris: Revue mensuelle édité par la Société d'éditions scientifiques. Nº 201. 1996. p 11.

6 François Étienne: «Bismarck el la naissance de l'Allemagne» *Ibid.* p. 40.

7 *Ibid.* p. 10.

vigentes en el debate político de fines del siglo XX y en la formulación de las nuevas políticas inmigratorias que la Comunidad Europea ha venido poniendo en ejecución en esta primera década del siglo XXI, frente al flujo migratorio que llega procedente de la Europa oriental, del norte de Africa y de la propia América Latina. Es así como de nuevo están presentes estos conceptos en el conflicto de los nacionalismos europeos, tal como lo refiere Edgar Morin al tratar el tema de la identidad francesa y de los procesos actuales de conversión del individuo en ciudadano. Para Morin, la construcción de la identidad francesa debe asumirse como el proceso histórico de afrancesamiento de poblaciones no francas desde el reinado de los Capetos, lo cual no implicó la disolución de las identidades provinciales y vino a completarse después de la Revolución de 1789 con la instauración de una escuela laica, gratuita y obligatoria que acompañó la integración jurídica con una integración del espíritu. De allí la importancia de los sucesos de 1870 alrededor de la guerra franco-prusiana por la Alsacia y la Lorena. Dice Morin :

“La polémica franco-alemana sobre la Alsacia-Lorena en el curso del siglo XIX robustece la concepción espiritual de la identidad francesa. Mientras que Alemania considera como suya esta tierra germánica de lengua y de cultura, Francia la reconoce como suya por espíritu y voluntad de adhesión. Esta es la idea voluntarista y espiritualista de Francia que hace suya la Tercera República, y que hace triunfar sobre las ideas de raza, de sangre, de suelo, que le opone el partido antirrepublicano”⁸.

Como se trata de un proceso de nacionalismo inducido, de nacionalismo asumido como problema de conciencia política, es de fundamental importancia precisar los mecanismos institucionales que se ponen en juego, como la escuela republicana laica y única, como instrumento de afrancesamiento, es decir, como herramienta que construye una idea de nación en la mente de cada niño y niña que luego será el ciudadano de la nación. Ya en esta concepción, la nación aparece como un producto cultural, como el resultado de una acción política. Diríamos hoy, como el resultado de la construcción imaginaria de una comunidad política.

III

Sin embargo, en el siglo XX la aparición del capitalismo monopólico y, con él, el surgimiento del fenómeno imperialista, ponen de nuevo en el tapete el debate político el tema de la nación y del nacionalismo. Y es, desde el marxismo, que se retoma con gran fuerza su estudio e interpretación, al calor de la lucha por el socialismo a escala mundial. Otto Bauer, Karl Kausky, Vladimir Ilich Lenin, León Trosky, Rosa Luxemburgo, son los principales nombres que encabezan la discusión marxista de la cuestión nacional a finales del siglo XIX y principios del

8 Edgar Morin: *La mente bien ordenada*. Barcelona: Editorial Seix Barral S.A. 2000. p. 92.

XX, cuando emerge junto a este problema, el análisis y comprensión del fenómeno del Imperialismo y el carácter de la Revolución Socialista. Con el triunfo de la Revolución bolchevique y el ascenso de Stalin a la dirección suprema de la URSS, es su definición de la nación la que se impone. Recordemos el famoso pasaje que no dejó en su obra *El marxismo y la cuestión nacional*, publicado por primera vez en 1913. Dice Stalin:

*“Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en una comunidad de cultura”*⁹

Solo la presencia de todos estos elementos, observa Stalin, nos permiten hablar de una nación. Se trata, en consecuencia, de un catálogo de rasgos que deben ser utilizados para evaluar si determinado conglomerado humano, en tiempo y espacio, puede definirse aceptablemente como una nación. Esta definición de nación, que prácticamente cubre toda la primera mitad del siglo XX, entra en revisión en las últimas décadas del siglo. Para el maestro Pierre Vilar, quien también aborda el problema nacional desde la perspectiva marxista, y es autor del clásico estudio acerca de *La Cataluña en la España moderna*, obra publicada por primera vez en 1962 y que está dedicada a la investigación de los fundamentos económicos de las estructuras nacionales, el estudio del hecho “nación” es a la vez el estudio de una psicología y el de una estructura, lo cual no puede alcanzarse sino a través de la historia.

En el caso catalán, por ejemplo, se trata de un problema histórico donde entra en juego la conformación histórica de España como nación unitaria o como estado multinacional, sin ignorar la necesaria formación de grupos sociales con conciencia de comunidad y la relación del desarrollo de estos agrupamientos con el crecimiento económico. Para Vilar, “*el acceso a formas políticas modernas puede tener éxito, fracasos, desaparecer o renacer. Depende de las condiciones internas y externas de su desarrollo.*”, por lo que el problema de los agrupamientos “*no puede separarse del problema de los crecimientos*”¹⁰.

Más adelante, en su libro *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* al analizar el problema de los agrupamientos humanos y de las fluctuaciones del vocabulario en relación con la división espacial de la Humanidad, nuevamente retoma el tema de la nación, para señalarnos lo siguiente en relación con el concepto de Stalin:

“Si bien la nación es una comunidad de cultura, es también una categoría histórica característica de la época del capitalismo ascendente. El historiador debe diferenciar los ritmos del tiempo histórico presentes en la conformación de la nación. Los

9 José Stalin: *El marxismo y la cuestión nacional* Madrid: Editorial Fundamentos. 1976. p. 25.

10 Pierre Vilar: *Cataluña en la España moderna*. Barcelona: Editorial Crítica. 1978. Vol. I. 1978. p. 48.

*hechos de larga duración (lingüísticos, psíquicos, culturales, territoriales); los fenómenos de media duración, donde es necesario reconocer el acceso y desarrollo del modo de producción capitalista y los movimientos y acontecimientos de corta duración en los que se vinculan las clases sociales, los movimientos nacionalistas en la conformación de un tipo de estado territorial, el Estado-Nación. El proceso sería Nacionalismo-Nación-Estado-Nacional*¹¹.

Pero es otro destacado historiador marxista, el británico Eric Hobsbawm, quien en su obra *Nations and nationalism since 1789. Programme, Myth, Reality*, editada por primera vez en 1990, somete a dura crítica esta definición de la nación elaborado por Stalin, la cual ubica dentro de la corriente objetivista de los estudios sobre la nación, puesto que pretende reconocer *a priori* una nación partiendo de la existencia de todos los rasgos objetivos ya señalados y que en la práctica existen de manera combinada en muchos países, especialmente en el caso de la lengua o de las llamadas étnias, que coexisten en estados territoriales que se asumen como nación, apareciendo con ello el problema de las minorías nacionales¹².

Hobsbawm prefiere señalar que una nación, tal como ella es concebida por el nacionalismo, sólo puede ser reconocida como tal *a posteriori*, partiendo de la idea de que es el nacionalismo el que construye la idea de nación y el estado territorial el que la institucionaliza. Ya antes, en 1983, otro historiador marxista británico como lo es Benedict Anderson había puesto a circular un interesante libro que con el título de *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (1983),¹³ donde propone una definición de la nación como una "...comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana." Limitada, porque "Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad.", y soberana "...porque el concepto nación en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado." Y como comunidad "...porque independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal (...); ...fraternidad (...) que ha permitido, durante los dos últimos siglos, que tantos millones de personas se maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas"¹⁴.

11 Cf. Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Editorial Crítica. 1980. p. 184 y 185.

12 Cf. E. P. Hobsbawm: *Nations et nationalisme depuis 1789*. Paris: Éditions Gallimard. 1992. 1992. p. 14 y ss.

13 En este caso estamos consultando la traducción al español del Fondo de Cultura Económica de México: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica. 1997.

14 Ibid. P. 25.

Una de las paradojas que observa Anderson al tratar el tema es el que se refiere a la objetiva modernidad de la nación, lo cual está a la vista del historiador, frente a la antigüedad subjetiva del fenómeno, según la visión de los nacionalistas. En ese sentido, la nación se explica por sus orígenes antiguos, circunstancia de gran importancia en el discurso nacionalista que otro autor fundamental en el tema, como Ernest Gellner, ha abordado a partir de la pregunta: ¿tienen ombligo las naciones? El planteamiento parte de su concepción de que es el nacionalismo el que inventa la nación sobre la base del principio político según el cual debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política, entre los límites étnicos y los políticos¹⁵. A este respecto, Gellner se pregunta:

“...el sentido de la etnicidad, la identificación con una nación y la expresión política de esta apasionada identificación, ¿constituyen algo antiguo y presente ya a lo largo de la historia o son, por el contrario, algo moderno, un corolario específico de nuestro mundo reciente?”¹⁶.

Una respuesta a esta interrogante nos lleva necesariamente al camino del imaginario de la nación, puesto que se trata de una construcción ideológica, subjetiva, que, para decirlo nuevamente con Anderson, debe transformar la fatalidad en continuidad, la contingencia en significado, vale decir, hacer que estados nuevos e históricos, forjados en el tiempo de mediana duración del capitalismo¹⁷ se legitimen en un pasado inmemorial y se proyecten en un futuro ilimitado, convirtiendo el azar en destino.¹⁸ Esta es la gran tarea del nacionalismo, sobre lo cual coincide en afirmar Eric Hobsbawm en la obra arriba citada, cuando señala: “Bref, pour les besoins de l’analyse, les nationalisme vient avant les nations. Ce ne sont pas les nations qui font les États et les nationalisme; c’est l’inverse”¹⁹.

IV

De manera que, si nos guiamos por este esquema de análisis, hay que rastrear el fenómeno a partir de la conformación del Estado, que en el caso de

15 Ernest Gellner: *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza universidad. 1997. p. 14.

16 Ernest Gellner: *Nacionalismo*. Barcelona: Ediciones Destino. 1998. p. 161.

17 Pierre Vilar, por su parte, lo resume de esta manera: “...la nación FENOMENO histórico, pertenece al orden de los fenómenos de duración media: la ascensión del modo de producción capitalista, con su prelude mercantil (siglos XV-XVII: Portugal, España, Francia, Inglaterra, Provincias Unidas) y su plenitud en el capitalismo industrial.” En: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. 1980. p. 184.

18 Benedict Anderson: Op. Cit. 1997. p. 29.

19 “En síntesis, para las necesidades del análisis, el nacionalismo es anterior a las naciones. No son las naciones las que hacen a los estados y a los nacionalismos, sino lo inverso”. Traducción libre del autor) Eric Hobsbawm: *Nations et nationalisme depuis 1780*. 1992. p. 20.

nuestros países hispanoamericanos tiene que ver con la independencia alcanzada entre 1819²⁰ y 1830, y el proceso de construcción de la idea de nación a través de la constitución de imaginarios sociales entendidos, según la definición de Cornelius Castoriadis, no como “*imagen de*”, sino como “*creación incesante y esencialmente indeterminada (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes...*”²¹ Esta capacidad imaginaria de la sociedad se entiende como la constitución de un orden simbólico que le da sentido a las instituciones sociales y al propio individuo.

Como bien ha señalado Castoriadis, los actores reales, individuales o colectivos, y los innumerables productos materiales que hacen posible la vida de la sociedad, no son símbolos, pero ambos “*son imposibles fuera de una red simbólica*”, lo cual presupone una capacidad imaginaria que viene a completar la necesidad de orden de lo social, a partir de la cohesión de su mundo de significaciones. Se trata, en síntesis, de completar una visión de lo social aportando a la dimensión de la vida o cultura material²² su dimensión simbólica, sin lo cual no es explicable la propia historia del hombre, porque quedaría reducida a un simple proceso natural y objetivo. Compartimos, por ello, con Castoriadis esta visión de la totalidad social e histórica a partir de estas palabras:

*“La société doit définir son «identité»; son articulation; le monde, ses rapports à lui eux objets qu’il contienne; ses besoins et ses désirs. Sans la «réponse» à ses «questions», sans ces «définitions», il n’y a pas monde humain, pas de société et pas de culture car tout resterait chaos indifférencié. Le rôle des significations imaginaires, et de fournir une réponse à ces questions, réponse que, de toute évidence, ni la «réalité» ni la «rationalité» ne peuvent fournir (sauf dans un sens spécifique, sur lequel nous reviendrons)”*²³

20 En el caso de Venezuela y la Nueva Granada nos referimos a los efectos de la Batalla de Boyacá y la instalación del Congreso de Angostura, ambos en 1819 y la posterior desintegración de la gran República de Colombia en 1830.

21 Cornelius Castoriadis: *L’institution imaginaire de la société*. Paris: Éditions de Seuil. 1975. p. 8. “La institución imaginaria de la sociedad.” En: Colombo, Eduardo. *El Imaginario Social*. Montevideo: Editorial Altamira. 1993. p. 29.

22 Sobre el debate generado alrededor del concepto de civilización o cultura material introducido por Fernand Braudel en su obra, inicialmente publicada en 1967, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme XVe-XVIIIe Siècle*. (Paris: Gallimard. 3 vols. 1979) puede revisarse el ensayo de Jean-Marie Pesez, “L’Histoire de la culture matérielle” en: Le Goff, Jacques (Dir). *La Nouvelle Histoire*. Paris: Editions Complexe. 1978.

23 Cornelius Castoriadis: Op. Cit. 1975. P. 221. 54 y 55. “La sociedad debe definir su ‘identidad’, su articulación, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y deseos. Sin una ‘respuesta’ a estas ‘preguntas’, sin estas ‘definiciones’, no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura – pues todo se quedaría en un caos indiferenciado. La función de las significaciones imaginarias es proporcionar una respuesta a estas preguntas, una respuesta que, a todas luces, ni la ‘realidad’ ni la ‘racionalidad’ son capaces de proporcionar (salvo en un sentido específico)” (traducción libre RR).

Esta precisión conceptual es de la mayor importancia, si abordamos la nación como una “comunidad imaginada” y dirigimos nuestra atención a los modos de organización de estos imaginarios sociales en los tres órdenes que define Castoriadis: el mito, las religiones y las ideologías y que en el campo de los estudios de la nación debe considerar en su estudio el papel de los mitos fundadores como mitos de origen que nutren el discurso nacionalista,²⁴ el mito del héroe como factor de acción que organiza el caos y es creador de pueblos y naciones,²⁵ los símbolos de la nación, como las banderas²⁶, escudos y emblemas donde se representa la nación, los sitios y lugares de la memoria y los acontecimientos festivos donde la nación se recrea en el tiempo y se ponen en escena las tradiciones inventadas así como los ceremoniales rituales, lo cual constituye todo ese rico universo simbólico donde la nación se forja como idea y como imagen de una comunidad en el tiempo y en el espacio.

V

Sobre este nuevo plano de actuación social es que se le abre al historiador de los fenómenos nacionales un inmenso campo de investigaciones donde el espíritu de la interdisciplinariedad es de fundamental importancia porque se trata de fenómenos que deben ser abordados desde una perspectiva holística y compleja.²⁷ Tanto la historia de la cultura como la historia política se revalorizan en sus esquemas interpretativos, más allá del debate teórico entablado entre la historia social y la historia discursiva que ha caracterizado las reflexiones historiográficas más actuales²⁸, a tono con los debates que caracterizan a las Ciencias Socia-

24 Una obra polémica y bien documentada dirigida a penetrar en las “genealogías míticas de los pueblos de Europa” es la de Jon Juaristi. *El bosque originario*. Madrid: Taurus. 2000.

25 Al respecto puede consultarse el estudio de Hugo Francisco Bauza *El mito del héroe*. México: Fondo de Cultura Económica. 1998. Nosotros hemos abordado el proceso político venezolano que se inaugura con el ascenso de Hugo Chávez al poder bajo el enfoque de la relación entre héroe y nación en el ensayo: “El Retorno del héroe: El Discurso Político de Hugo Chávez Frías y el Proceso Constituyente en Venezuela de 1999” el cual puede consultarse en nuestra obra *Venezuela: Fiesta, imaginario político y nación*. San Felipe (Venezuela): Universidad Nacional Experimental del Yaracuy. 2011.

26 Un excelente y actualizado estudio realizado bajo este enfoque es el de Enrique Florescano. *La bandera mexicana*. México: Taurus. 2000.

27 Esta es la base conceptual de la Historia Social que como historia global o historia síntesis hemos definido en nuestros estudios regionales y nacionales, retomando con ello la tradición marxista de la totalidad concreta, y la historia social como historia total propugnada por Marc Bloch y Lucien Febvre en la década de los años 30. Al respecto puede consultarse nuestra obra *Historia Social de la región de Barquisimeto en el tiempo histórico colonial. 1530-1810*. Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. 1995.

28 A respecto pueden consultarse, desde diferentes perspectivas: Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría social*. Madrid: Ediciones Cátedra. 2001. Chartier, Roger. *Au bord de la falaise*. Paris: Éditions Albin Michel. 1998; Appleby, Joyce y otras. *La verdad sobre*

les contemporáneas, ya avanzadas en la atmósfera postmoderna y post social que se ha venido transitando desde los años 90.

Es aquí donde cabe destacar obras fundamentales que han venido abriendo brecha en este nuevo enfoque de estudio de lo nacional como es el caso —a nivel de Europa— de esa monumental investigación sobre la historia de Francia coordinada por el historiador Pierre Nora, publicada por primera vez en 1984 con el título de *Le Lieux de mémoire*, y que viene a ser una ambiciosa historia de Francia realizada desde el estudio de su memoria a través de un detallado análisis “... de nos représentations et de notre mythologies nationales”²⁹ La estructura de la obra evidencia la organización de la investigación y el abordaje metodológico de un estudio que busca establecer las relaciones entre memoria y nación a través de objetos, instrumentos e instituciones de la memoria, desde lo más material y concreto como los monumentos a los muertos o los repositorios documentales, hasta lo más abstracto e intelectualmente construido como la noción de linaje, de generación, de región o el novísimo concepto *d’homme – mémoire*. Tanto los elevados lugares de la sacralidad institucional, como el *Panteón* en el caso de Francia, como el más humilde manual de enseñanza de los infantes republicanos, abarcan el contenido de esta extraordinaria investigación multidisciplinaria que ha reunido a los más destacados científicos sociales y humanistas franceses de la actualidad. El universo de estudios abarca desde las Crónicas de Saint Denis, del siglo XIII, hasta el *Trésor de la langue française*, pasando por *Le Louvre*, la *Marseillaise* y la Enciclopedia Larousse. Por tanto, se trata de una encrucijada de lugares que ha requerido un abordaje multidimensional de la investigación: La dimensión historiográfica, etnográfica, psicológica y literaria de esta gran obra permite darle a lo político nacional nuevas lecturas de interpretación. En ese sentido, nos encontramos frente a una investigación de la Nación que como historia de las representaciones divide su objeto de estudio en tres órdenes: La república, la nación y la Francia. Pero no se trata de una nación dada, sino más bien ese “*sujet qui change*”, y que se construye en el imaginario colectivo tanto en los niveles de lo jurídico, como en lo histórico y lo sentimental.

La actualidad de este enfoque tiene que ver con lo que el autor denomina la aceleración de la historia y sus efectos en la desaparición de la noción de pasado como algo definitivamente muerto, esfumado o diluido en nuestra conciencia colectiva presente. De allí la curiosidad por registrar esos lugares físicos o espirituales donde cristaliza y se refugia la memoria ligada a cada momento particular de nuestra historia. Y es que estamos llegando al fin de lo que el autor denomina *sociétés-mémoires*, que aseguraban la transmisión de valores a través de la familia, la escuela, la iglesia o el Estado, así como de las *idéologies-mémoires* que

la historia. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. 1998; White, Hayden. *Forme di storia. Dalla realtà alla narrazione*. Roma: Carocci editore. 2006.

29 Pierre Nora: (Dir.) *Le Lieux de mémoires*. Paris: Quarto Gallimard. 1997. Vol. 1. p. 7.

servían para rescatar el pasado en función del porvenir ligados por una idea de progreso o de revolución que ha venido dando paso más bien a la dictadura de lo efímero, de lo actual.

Es aquí donde memoria e historia se diferencian. “*La mémoire est un phénomène toujours actuel, un lien vécu au présent éternel; la histoire, une représentation du passé.*”³⁰ Así, mientras la historia como operación intelectual apela al discurso crítico, la memoria instala su recuerdo en lo sagrado. Si la memoria se arraiga en lo concreto, en el espacio, en el gesto, en la imagen y en los objetos, la historia no reconoce más que continuidades temporales, evolución y relaciones. Sin embargo, una historia-memoria no puede ser más que una historia-crítica en la medida en que el propio discurso histórico se transforma en material de la propia historia y se relativiza como representación. Desde esa perspectiva es que entendemos la actualidad de la obra de Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, puesto que más que una historia de la historiografía, al estilo convencional, se trata del registro de las diversas ideas que del pasado mexicano, de la nación y de su porvenir se han hecho desde diferentes épocas y modalidades los mexicanos, tanto a través del relato de cronistas e historiadores, como de concepciones surgidas en el imaginario de la gente común. En su pesquisa el autor trabaja bajo la idea de canon como síntesis de una época histórica pasando revista a los relatos de origen prehispánico, los cánones coloniales, el relato de la patria criolla, la historia de la nación, el relato del estado posrevolucionario y la historia construida por los profesionales de la historia,³¹ construcciones que se mueven entre la representación y los imaginarios colectivos.

Otro caso de investigación histórica orientada por estas mismas perspectivas de análisis lo encontramos en la obra colectiva *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, coordinado por Antonio Annino y François-Xavier Guerra, la cual parte de lo que los autores denominan la singularidad de construcción de la nación en Iberoamérica, que en este caso no está precedida de la participación de fuertes movimientos nacionalistas sino que es el resultado “...de la desintegración de dos construcciones políticas originales –la Monarquía hispánica y el Imperio luso-brasileño– dotadas tanto de una gran heterogeneidad étnica como de una extraordinaria unidad cultural”³². Esta circunstancia, hace que el Estado que surge de la independencia se convierta en un actor de fundamental importancia en la construcción de la idea moderna de nación, y que el proceso de conformación de esa comunidad política soberana tenga mucho que ver con la puesta en escena de mitos y símbolos que van a constituir ese imaginario de la

30 Ibid. p. 25. “La memoria es un fenómeno siempre actual, un vínculo de lo vivido con el presente eterno; la historia, una representación del pasado” (Traducción libre RR).

31 Enrique Florescano: *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus. 2003.

32 Annino, Antonio y François-Xavier Guerra. *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. 2003. p. 9.

nación que en esta primera década del siglo XXI, cuando hemos entrado desde 1810 en la celebración de los bicentenarios nacionales de nuestras independencias y de la fundación de nuestras repúblicas, hace más propicio su estudio y comprensión actualizada.

Estamos pues, frente a un giro fundamental en el estudio del **hecho-fenómeno nación**. Por ello, hay que estar atentos a los nuevos enfoques, nuevas problemáticas y áreas de investigación que se vienen abriendo a partir de esta concepción de la nación como comunidad imaginada, como encuentro de la diversidad cultural, como construcción colectiva permanente de lugares de identidad y pertenencia en el tiempo histórico global en el que ha arribado el nuevo milenio. No se trata sólo de un problema académico y científico, sino también de una urgente necesidad política de darle claridad y fuerza social a las luchas que en este siglo llevan adelante nuestros pueblos latinoamericanos y del Caribe por la construcción de una idea inclusiva, diversa y democrática de la Nación.

Este artículo se entregó para su revisión en enero y fue aprobado en abril de 2015.